

UNA TEOLOGIA SOLIDA

(UN LIBRO SOBRE EL P. VICTORINO RODRÍGUEZ, O. P.)

POR

MIGUEL AYUSO

La Orden de Predicadores ha dado últimamente a la Iglesia y al pensamiento español un conjunto de nombres cimeros y de difícil parangón. Arintero, Colunga, Ramírez o Beltrán de Heredia son el comienzo de una estirpe que se ha desdoblado y multiplicado en logros a través de sus discípulos y sucesores: Urdániz, en sus confrontaciones con la filosofía moderna; Fraile, en la historia de la filosofía; Bandera, en sus aportaciones eclesiológicas y en sus esfuerzos encaminados al discernimiento de la llamada «teología de la liberación»; Alonso Lobo, en la dedicación a la teología espiritual; Tuya, en los estudios bíblicos, y Victorino Rodríguez como filósofo y teólogo total.

No se trata de desmerecer los esfuerzos de otras órdenes religiosas dentro de la común tradición intelectual católica, pero ciertamente se nos muestra difícilmente superable un elenco como el anterior. Léase, si se quieren mayores precisiones, el espléndido prólogo antepuesto por Vicente Marrero al libro del padre Victorino Rodríguez, *Temas-clave de humanismo cristiano* (Madrid, 1984), y se encontrará una exposición muy notable y una caracterización muy aguda no sólo del pensamiento de este último, sino cabalmente de toda la escuela dominicana. Permítasenos tan sólo referir unos párrafos que nos parecen especialmente adecuados al objeto de definir toda una tradición intelectual que hoy yace víctima de vendavales de distinto signo aunque idénticos en su virtualidad respecto del pensamiento: «La escolástica, en pocas palabras, no tiene otro secreto que el de su voluntad de realidad y su inteligencia de la suma realidad de las realidades. Si ha chocado tanto con lo que se ha solido llamar modernidad —vocablo de índole más conceptual que cronológica—, su explicación última no es otra que un choque entre realidad y ambigüedad, plenitud ontológica e indigencia metafísica, verdad y equívocidad, afirmación y negación. Choque en el que

la escolástica se ha ido quedando cada vez más sola en el panorama cultural que brinda hoy el mundo. Sola en tanto que se va viendo que es más bien sólo ella la que todavía parece capaz de sentirse con fuerzas suficientes para formular algo que recuerde a lo que es una tesis de verdad».

Pero el objeto de esta nota es mucho más ceñido. No es otro que presentar a los lectores de *Verbo*, y con gran satisfacción, la aparición de una biografía del P. Victorino Rodríguez, O. P. —en edición bilingüe inglés y español de la *Foundation for a Christian Civilization* (Nueva York, 1990)—, de la que es autor João S. Clá Dias. Un libro de noventa y tres páginas, perfectamente editado, con ilustraciones y que incorpora una bibliografía completa del sabio y querido amigo dominico.

En alguna ocasión anterior —ya de palabra o por escrito— he tenido ocasión de subrayar el importante papel que desempeña el P. Victorino en el pensamiento español, no sólo por la hondura, acierto y autenticidad de su obra —lo que de por sí ya debiera bastar—, sino por su acogida entre diversos grupos de intelectuales católicos seculares. En esta casa de *Verbo*, sin ir más lejos, somos deudores del P. Victorino, que en tantas ocasiones nos ha iluminado con sus exposiciones y nos ha orientado con sus consejos. Y somos deudores en gran medida, pues no es fácil hallar en los tiempos que corren un teólogo «de verdad», es decir, un teólogo que integre adecuadamente la teología con la metafísica y con la antropología filosófica y demás disciplinas. Nada parecido a esos sedicentes teólogos bajo su palabra de honor, que son invitados hasta el aburrimiento a los cada vez más frecuentes *concilios* televisivos o usan tan sólo de su teología para avalar operaciones propagandísticas diversas. No. El padre Victorino es verdadero teólogo y no de esos fundadores de teologías que acaban dando muerte a Dios por la misma razón que el genial Chesterton —y precisamente en su biografía de Santo Tomás de Aquino— decía saber de muchos profesores de antropología que no habían pasado de la antropofagia.

No es paradójico que nuestro tiempo haya conocido la devaluación simultánea de la antropología filosófica y de la teología, pues caminan estrechamente unidas. El P. Victorino, en cambio, ha prestado continua atención a esa conexión temática, ya que no en vano una buena parte de los errores teológicos proceden precisamente de malinterpretar el puesto del hombre en el mundo, y, a la inversa, muchas de las antropologías erradas en que tan pródigo es nuestro siglo, tienen su causa en el olvido de la teología: «Muchos hombres de ciencia —escribió el mismo Ches-

terton en *Ortodoxia*— se jactan de su ignorancia del otro mundo; pero en este particular el defecto no nace de la ignotancia del otro mundo, sino de la ignorancia de este mundo». Y es que el positivismo se convierte en inhumano para conocer la humanidad.

De ahí la importancia de la lección global de la teología tomista que encontramos en fray Victorino Rodríguez. Esta no se adquiere con algunas lecturas en francés o en alemán, ni en las linotipias o en las salas de maquillaje de la televisión. Se adquiere en el recogimiento del silencio y la paciencia del estudio: tres años de filosofía en el Studium Generale de los dominicos en Vergara, cinco de teología en la Facultad de San Esteban, otro en la Universidad de Santo Tomás de Roma, amén de ampliaciones de estudios humanísticos en Roma, París, Toulouse, Dublín y Limerick. Se adquiere en la docencia, iniciada en 1955 y me atrevo a decir que ejercida ininterrumpidamente —a pesar de su «depuración» de la Pontificia de Salamanca—, dado que no ha cesado de enseñar con sus artículos, ya en revistas especializadas, ya en otras de divulgación. Pero, sobre todo, se adquieren el amor a la Verdad y en la consagración al servicio de Dios. Sin uno y otra no hay verdadera *sapientia*. Por todo ello, no son sino de estricta justicia galardones como su elección para ocupar plaza en la *Pontificia Academia de Teología*, o como esta elogiosa biografía aparecida en los Estados Unidos y que hará conocida su vida y su obra en los medios religiosos e intelectuales de la gran potencia mundial.

Termino. C. S. Lewis, uno de los hombres más inteligentes de este siglo —que ha recibido tributos de admiración de personajes tan variopintos en su contextura y significación como el cardenal Ratzinger, el filósofo Josef Pieper, el profesor Julián Marías o el historiador Charles Moeller—, en un libro delicioso e irónico llamado *The Screwtape Letters*, traducido a nuestra lengua por *Carias del diablo a su sobrino*, porque en él, en efecto, se recogen una serie de cartas que un diablo experimentado, Escrutopo, dirige a su sobrino, tentador principiante, para adoctrinarlo, hace unas consideraciones sobre la sabiduría que no me resisto a citar: «Sólo los eruditos —pone en la pluma de Escrutopo— leen libros antiguos, y nos hemos ocupado ya de los eruditos para que sean, de todos los hombres, los que tienen menos probabilidades de adquirir sabiduría leyéndolos. Hemos conseguido esto inculcándoles el Punto de Vista Histórico. El Punto de Vista Histórico significa, en pocas palabras, que cuando a un erudito se le presenta una afirmación de un autor an-

tigo, la única cuestión que nunca se plantea es si es verdad. Se pregunta quién influyó en el antiguo escritor, y hasta qué punto su afirmación es consistente con lo que dijo en otros libros, y qué etapa de la evolución del escritor, o de la historia general del pensamiento, ilustra, y cómo afectó a escritores posteriores, y con qué frecuencia ha sido malinterpretado (en especial por los propios colegas del erudito), y cuál ha sido la marcha general de la crítica durante los últimos diez años, y cuál es el *estado actual de la cuestión*. Considerar al escritor antiguo como una posible fuente de conocimiento —presumir que lo que dijo podría tal vez modificar los pensamientos o el comportamiento de uno—, sería rechazado como algo indeciblemente ingenuo. Y puesto que no podemos engañar continuamente a toda la raza humana, resulta de la máxima importancia aislar así a cada generación de las demás; porque cuando el conocimiento circula libremente entre unas épocas y otras, existe siempre el peligro de que los errores característicos de una puedan ser corregidos por las verdades características de otra. Pero, gracias a Nuestro Padre y al Punto de Vista Histórico, los grandes sabios están ahora tan poco nutridos por el pasado como el más ignorante mecánico que mantiene que la *historia es un absurdo*.

No abundan los eruditos en nuestro mundo. Pero mucho menos abundan los verdaderos sabios que no se dejan arrastrar por la cronolatría del historicismo. Quienes estamos en el mundo de la cultura y de la política ejerciendo lo que fray Victorino, en otra ocasión, ha llamado «vocación plural a la perfección cristiana», tenemos necesidad de estos hombres para resolver nuestras dudas, ilustrar nuestras conciencias, desahogar nuestros propósitos y corregir nuestros a veces desviados planteamientos.

Encontrar uno de estos hombres es magno hallazgo. Que no se paga, que no se sustituye, que no se intercambia. Para muchos —al menos para quien escribe esta nota—, el padre Victorino Rodríguez, O. P. es uno de esos hombres. Entenderlo así es empezar a valorar adecuadamente el libro de que ha sido objeto recientemente en los Estados Unidos.